

AMISTAD Y FILOSOFÍA. EN MEMORIA DE FRANCESC PERENYA

Jesús M. DÍAZ ÁLVAREZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

jdiaz@fsof.uned.es

No recuerdo bien cuándo conocí a Francesc Perenya, pero estoy bastante seguro de que la primera vez que lo vi fue en el marco de los encuentros sobre fenomenología mantenidos a comienzos del nuevo milenio en la facultad de filosofía de la UNED de Madrid. La incorporación, por aquel entonces, al seminario permanente de la SEFE de un grupo importante de fenomenólogos catalanes fue una buena suerte para todos y un acontecimiento en sí mismo. Y digo esto porque Joan González Guardiola, Marta Jorba, Pau Pedragosa, Ingrid Vendrell, Carlota Serrahima o Xavi Escribano, por citar solo a algunos de los aquí presentes, apuntaban ya maneras por aquel entonces y se podía intuir que su aportación futura a la fenomenología sería más que prometedora, como así ha resultado. Su vinculación al seminario en sucesivas oleadas lo llenó de talento y frescura, revitalizando el cultivo de la filosofía fenomenológica peninsular.

¿Pero quién había formado, organizado e inspirado a este grupo de prometedores fenomenólogos catalanes y les había convencido para venir a Madrid una vez al mes los fines de semana para hablar de la temporalidad, la intuición categorial, la imaginación, las síntesis pasivas o la crisis de las ciencias europeas, por citar solo algunos de los muchos asuntos tratados? El responsable de esta proeza era un ilustre profesor de la universidad de Barcelona del que yo todavía no había tenido noticia alguna y por el que sus discípulos —no hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta— sentían enorme cariño y respeto intelectual. Este profundo afecto y respeto por su magisterio fue una de las cosas que más me llamó la atención en aquellas primeras sesiones del seminario. Y es que Francesc gozaba entre los suyos, un suyos que más tarde se amplió a todos los que tuvimos la fortuna de conocerlo, no solo de un enorme prestigio en asuntos fenomenológicos y filosóficos en general, sino que irradiaba por cada poro de su persona ese intangible que habitualmente recibe el nombre de respeto o autoridad moral. Y

quiero incidir un momento en este aspecto, pues el maridaje de ambas cosas no suele abundar en un mundo tan competitivo y egocéntrico como el académico.

Todos conocemos universitarios excelentes en sus materias de estudio, hombres y mujeres de gran erudición, e incluso altamente creativos, que admiramos por sus escritos y capacidad especulativa, pero que, sin embargo, carecen de autoridad moral. La escisión posible, más que comprobada, entre el más alto y original conocimiento teórico y la excelencia moral que cuaja en afecto es una vieja herida filosófica que viene ya desde la época griega y que seguirá dando mucho que pensar, aunque me temo que nuestro querido y añorado Francesc de poco nos va a servir en este asunto pues, en buena lógica socrática aunaba de modo singular, como ya señalé hace un momento, conocimiento y bonhomía, autoridad intelectual y autoridad moral. Fue esa preciosa y escasa aleación la que me atrajo hacia su persona desde el primer momento y dio paso a una serie de tímidas conversaciones iniciales en las que me fui enterando de su paso por Alemania, más en concreto, por la Universidad de Heidelberg, en la que permaneció cuatro años bajo la tutela de Gadamer y donde conoció bien a Dieter Henrich o Ernst Tugendhat. También hablamos en aquellos comienzos de su interés por el idealismo alemán, del que era un reconocido especialista, o de su aprecio por la filosofía analítica. Sus conocimientos en todos esos ámbitos eran enormes y eso lo hacía especial una vez más. Porque es verdad que transitar del idealismo a la fenomenología o viceversa no es algo tan raro. Hay muchos ilustres ejemplos al respecto, aunque es preciso reconocer que la mayoría de los expertos en una y otro suelen visitarse cada vez menos al estar todos crecientemente atrapados por el virus de la hiper especialización. Ahora bien, apreciar honestamente y con curiosidad no inquisitorial los planteamientos de la filosofía analítica desde una posición fenomenológica, o al revés, siempre ha sido algo bastante más excepcional, y no solo en nuestro país. Y ahí Francesc era, de nuevo, una rara avis que ejercía un enorme magnetismo para todos aquellos que no gustaban de encerrarse férreamente en una sola capilla académica y que sentían curiosidad por otras propuestas.

Cada vez que conversábamos sobre esos asuntos, su sabiduría salía a relucir. Recuerdo que en este contexto siempre mentaba el caso de Roderick Chisholm, editor de la revista *Philosophy and Phenomenological Research*, como un ejemplo de la buena recepción que una parte de la filosofía analítica, eso sí minoritaria, había brindado a la fenomenología. El diálogo, en suma, no era imposible. También hacía referencia al ya mencionado Tugendhat y, sobre todo, insistía, igual que otro querido maestro también ya desaparecido, Lester Embree, que en estas

materias tanto fenomenólogos como analíticos siempre perdían de vista la raíz común de ambas tradiciones, a saber, la filosofía austríaca de Bolzano, Meinong y Brentano.

Con los años nuestra amistad y aprecio se fue consolidando. También la confianza. Yo le mandaba algunos de mis textos, que comentaba con afecto y rigor, y le pedía que me enviara algo, a lo que siempre se resistía. Solo en una ocasión, y después de mucho insistir, conseguí que me hiciera llegar un escrito que, como cabía esperar, resultó ser magnífico. Se titulaba “Racionalidad universal y diversidad cultural” y apareció en un libro que Carmen López y yo editamos en Biblioteca Nueva en 2012 bajo el rubro *Racionalidad y relativismo. En el laberinto de la diversidad*.

No es la ocasión ahora para hacer un análisis pormenorizado de este importante trabajo, algo que espero llevar a cabo en otro foro, pero sí me gustaría, en la recta final de mi intervención, decir alguna cosa sobre él porque considero que tanto la temática que aborda como el desarrollo que se hace de ella iluminan muy bien algunas de las preocupaciones filosóficas de Francesc que, en su caso, como en el de todo filósofo de raza, eran preocupaciones vitales y no puros ejercicios de elaborada carpintería conceptual.

Partiendo de un riguroso análisis del célebre ensayo de Husserl “La filosofía como ciencia estricta”, y teniendo también presente los artículos sobre *Renovación del hombre y la cultura*, traducidos por su querido amigo presente también hoy en esta mesa, Agustín Serrano de Haro, Francesc reflexionaba en su escrito sobre las virtualidades y problemas que una racionalidad fuerte como la husserliana tiene a la hora de afrontar la diversidad cultural ¿Es posible compatibilizar realmente ambas cosas, se pregunta? ¿Cabe encajar verdaderamente la pluralidad en el centro de la propia comprensión husserliana de la racionalidad sin reducir aquella a una mera comparsa o adorno de la universalidad? O puesto de otra manera, en una época tan pluralista y cosmovisional como la nuestra, ¿tiene todavía sentido hablar de “filosofía científica”, de un fundamento en sentido estricto que, de alguna forma, y aunque sea asintóticamente, pudiese eliminar los vértigos y desacuerdos últimos y radicales, allanando propiamente el camino hacia un mundo común?

Francesc y yo hablamos largo y tendido, en numerosas ocasiones, sobre este asunto y sus derivadas. Su opinión última, reflejada también en este importante artículo, era, con todas las cautelas antidogmáticas y antiautoritarias posibles, de

corte husserliano-ilustrado. A este respecto, no creo equivocarme demasiado si afirmo que el viejo maestro alemán y su idea de racionalidad gozaron siempre, y hasta el final, de las simpatías de nuestro homenajeado. Por eso en la polémica Husserl/Heidegger, fenomenología en sentido husserliano riguroso o hermenéutica, su corazón y su razón estuvieron en última instancia siempre del lado del autor de la *Ideas*, sin desmerecer nunca, eso sí, la importancia y genialidad del creador de *Ser y tiempo* o las conexiones que, pese a todo, se podían trazar entre ambos. En su opción final pesaba mucho, me parece, la idea de que la línea hermenéutica que partía de Heidegger no tenía suficientes anticuerpos frente al relativismo y el nihilismo.

A estas alturas de nuestras vidas y nuestras conversaciones, recuerden que el artículo al que termino de referirme era de 2012, Francesc sabía bien de mi creciente desconfianza hacia cualquier tipo de fundacionalismo, incluido el husserliano. Cuando él me insistía en los ya mencionados nubarrones del relativismo y el nihilismo yo le replicaba que tanto o más peligroso que eso eran los dogmatismos y autoritarismo de la razón o de cualquier otra propuesta de fundamento que siempre apunta a un cierre de la realidad. El sueño o alucinación de una explicación global me parecía no solo fenomenológicamente poco sostenible, dada nuestra inserción en la historia y en una circunstancia determinada, sino que tampoco lo veía deseable. Entender que la realidad es en el fondo un enigma que acechamos filosóficamente, pero que siempre nos supera, me parecía una cura de humildad y una apuesta más sensata para combatir tanto el relativismo como el dogmatismo. Al expresarle estas ideas y otras parecidas el muy querido y añorado Francesc se reía, pipa en ristre, con ese aire sabio y bonachón que siempre le caracterizaba y añadía: “bueno, bueno, lo seguimos discutiendo. Cuando escribas algo más, mándamelo y lo comentamos”. Mi último envío fue el libro escrito con Jorge Brioso sobre la filosofía política de Ortega. Cuando lo recibió me llamó y me dijo algo fatigado —la enfermedad no le daba tregua—: “a ver cuándo podemos darle una vuelta”; “tienes que venir a Barcelona”. No pudo ser. Hablamos bastantes más veces y volví a Barcelona, pero en esos momentos la filosofía ya valía de poco, lo que primaba era el afecto, el consuelo y la amistad. Lo voy a echar mucho de menos.

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025